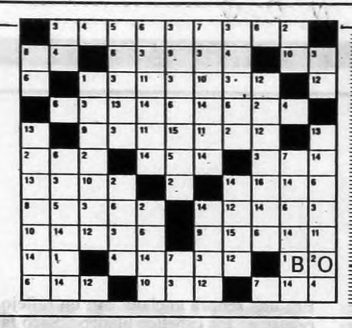
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



EL GATO DE CHESIRE

Página/2/3



Verano/12

EL VERANO EN LAS QUINTAS

Por Daniel Samper

El canto de una calandria me despierta como si fuera una bomba. Miro el reloj. Las 6 y 34 de la mañana. Intento dormir de nuevo. ¡Hace un calor...! Abro la ventana y los gorjeos desconsiderados irrumpen con todos sus decibelios en la habitación. Vuelvo a caer en duermevela; sueño levemente, dulcemente, que me acoge la agitada frescura de la estación de Metro de mi casa y que dentro de un rato estaré bromeando con mis compañeros de oficina y tomando un cortado ruidoso en el bar de la esquina, y entonces me despierta el silencio de la campiña que amanece. Es como un mazazo esta ausencia de bocinas, de tubos de escape, de llantas que rechinan y de gritos de acera. Miro el reloj. Han transcurrido otros sesenta segundos. Vuelvo a recostarme.

Pasa un largo rato; el aburrimiento me tira de la cama. Salgo de la habitación. Una luz mortal, como de película de Spielberg, entra por la ventana del comedor. ¡Hace un calor...! Y un silencio. El campo es así. Sobre la mesa, las hormigas libran una batalla callada y tenaz contra un trozo de fruta que ha quedado desde anoche. Me siento a observarlas. Parecen un pequeño planeta en constante agitación. Van y vienen afanadas, como si el pedazo de naranja pudiera escapárseles. Observo el espectáculo fascinado durante un buen tiempo. Pero me fatigo. Cojo el trozo de fruta y lo tiro por la ventana. Es hora de que las hormigas aprendan que hay un ser superior. Me desperezo y miro el reloj. Son las 6 y 36. Aún faltan dos horas para el desayuno, tres para tomar el primer café del día en el Bar Manolo, cuatro para la charla con el tipo del quiosco, seis y media para acompañar a mi mujer a comprar el pan de la comida, siete y media para la comida, nueve para la siesta, diez y media para regresar al bar, once y media para el paseo con mi mujer y los chicos, trece para pasar a tomar un par de vinos en el bar, catorce para el noticiero de televisión, quince para cenar, dieciséis para el coñac de buenas noches en el bar, dieciséis y media para volver a casa y comer alguna fruta antes de ir a la cama, veinticuatro para que la calandria me despierte y el calor me saque de la habitación y descubra que las hormigas se están comiendo el trozo que sobró. Miro el reloj. Son aún las 6 y 36.

Pienso en bañarme. Pienso en vestirme. Pienso en leer el primero de los veintitrés libros que he traído para las vacaciones. ¡Hace un calor...! Pienso en preparar un café. Pero resuelvo descansar otro rato. Ahora creo escuchar un ruido proveniente de una de las habitaciones. Un destello de ilusión: alguien se ha despertado. Aguzo el oído. Sólo se percibe el ruido que hacen las hormigas en su carrera desconcertada. Es una falsa alarma.

Es extraño. Juraría que ha transcurrido más tiempo. Claro (reflexiono): es que en el campo no te sientes apurado por los afanes de la ciudad, ni te atropellan los minutos. Aquí no existe la opresora angustia de los cronómetros. Aquí nunca se llega tarde ni temprano. Se llega, simplemente. Nadie te fuerza, nadie te empuja, nadie te señalará nunca el reloj con un gesto de fastidio para decirte que estás retrasado. En el campo reina otra clase de tiempo. Miro el reloj. Son aún las 6 y 38. Las 6 y 38 del tercer día de vacaciones. Todavía me esperan veintiocho días como éste. Arrimo el reloj al oído. No hay duda. Está funcionando. Desesperado, soplo sobre las hormigas.

Por ellas, y por el reloj, que parece que no pero que sí funciona, y por mil razones más, soy de los que no salen en verano.

Por Antonio Tabucchi

Que no era cierto después de todo. Digamos más bien un sobresalto, aunque en último término el sobresalto sea sólo un síntoma. Pero miedo no, se dijo, qué estupidez; la simple emoción, eso es. Abrió la ventanilla y se asomó. El tren estaba disminuyendo la velocidad. La marquesina de la estación temblaba a través del aire tórrido. Un calor exagerado, pero si no hace calor en julio, ¿cuándo lo va a hacer? Leyó el cartel de Civitavecchia, bajó la cortinilla, oyó voces, luego el silbato del jefe de estación y el golpear de las portezuelas. Pensó que si fingía dormir quizá no entrara nadie en el compartimiento. Cerró los ojos y se dijo: no quiero pensar en ello. Y luego dijo: tengo que pensar en ello, esto no tiene sentido. Pero ¿por qué las cosas tienen un sentido? Quizá sí, pero un sentido oculto, se comprende luego, mucho más tarde, o no se comprende, pero deben de tener un sentido: un sentido propio, desde luego, que a veces no se tiene en cuenta, aunque parezca que sí. Por ejemplo, la llamada telefónica. "Hola, gato, soy Alicia, he vuelto, ahora no puedo explicártelo, sólo tengo dos minutos para dejarte un mensaje". (Unos segundos de silencio.) "...Tengo que verte, tengo que verte a toda costa, es lo que más deseo en este momento, no he pensado en otra cosa durante estos años". (Unos segundos de silencio.) "¿Cómo estás, gato? ¿Te ríes todavía de aquel modo? Perdona, la pregunta es estúpida, pero es bastante difícil hablar y saber que tu voz queda grabada; tengo que verte por favor, es importante". (Unos segundos de silencio.) "Pasado mañana, 15 de julio, a las quince horas. Estación de Grosseto. Te esperaré en el andén. Hay un tren que parte de Roma aproximadamente a las trece horas."

Clic.

Uno vuelve a casa y encuentra un mensaje como éste en el contestador automático. Después de tanto tiempo. Como si los años hubieran engullido todo: aquel período, aquella ciudad, los amigos, todo. Y también la palabra gato, también ella engullida por los años, volviendo a aflorar en la memoria con la sonrisa que aquel gato aportaba, porque era la sonrisa del gato de Chesire. Alicia en el país de las maravillas. Era un tiempo de maravillas. ¿Pero lo era realmente? Ella era Alicia, y él, el gato de Chesire: todo un pasatiempo, como una hermosa historia. Pero, entre tanto, el gato había desaparecido, igual que en el libro. Quién sabe si la sonrisa, hubiera permanecido, pero sólo la sonrisa, sin el rostro que era dueño de aquella sonrisa. Porque el tiempo pasa y devora las cosas, tal vez sólo la idea permanece. Se levantó y se miró en el espejito colgado en el asiento del centro. Se sonrió. El espejo le devolvió la imagen de un hombre de 40 años, de rostro delgado y con unos bigotillos rubios, con una sonrisa embarazosa y forzada como todas las sonrisas que se hacen frente al espejo: nada ya de malicia, nada ya de diversión, nada de la socarronería de quien se pone en el mundo por montera.

Algo muy distinto del gato de Chesire.

La señora entró en el compartimiento con aire tímido. ¿Está libre? Desde luego que lo estaba, estaba todo vacío. Era una señora anciana con un reflejo celeste en los cabellos blancos. Sacó la labor y se puso a hacer punto. Llevaba un par de anteojos con una cadenilla. Parecía salida de un anuncio televisivo. "¿También va usted a Turín?", preguntó de pronto. Las típicas preguntas del tren. Respondió que no, que él se bajaba antes, pero no dijo la estación. Grosseto. ¿Qué sentido tenía? ¿Y además, por qué Grosseto? ¿Que hacía Alicia en Grosseto? ¿Por qué lo reclamaba allí? Sintió que su corazón latía deprisa y pensó de nuevo en el miedo. Pero, ¿miedo de qué? Es la emoción, se dijo, ¿miedo de qué?, ánimo, ¿miedo de qué? Del tiempo, gato de Chesire, del tiempo que ha hecho que todo se evapore, incluida tu hermosa sonrisa de gato de Alicia en el país de las maravillas. Y he aquí de nuevo a su Alicia de las maravillas, el 15 de julio a las quince horas, una cifra típica de ella, que amaba los juegos de números y coleccionaba mentalmente fechas absurdas. Del tipo: "Perdóname, gato. Ya no es posible. Te escribiré para explicártelo todo; 10 del 10 a las 10 (dos días antes del descubrimiento de América) Alicia". Era el mensaje de despedida, lo había dejado en el espejo del baño. La carta había llegado casi un año después, explicaba todo con pelos y señales, pero en realidad no explicaba nada, sólo decía cómo iban las cosas, su mecánica de superficie. Por eso la había tirado. En cambio, todavía guardaba la nota en la cartera. La sacó fuera y la miró. Los dobleces se habían amarilleado y se había abierto una raja en el centro.

Le hubiera gustado abrir la ventanilla, pero tal vez la señora se habría molestado y además una plaquita de metal rogaba que no se abriera para no estorbar el efecto del aire acondicionado. Se levantó y anduvo por el pasillo. Justo a tiempo de ver la masa clara de las casas de Tarquinia antes de que el

EL G
DE C

Antonio Tabucchi nació en
donde cursó sus estudios
portuguesa en la Universi
actualidad dirige el Institut
Traductor de Fernando Pe
introductor y promotor de
Tabucchi forma parte de u
que ha dado nueva luz a
maestro en los relatos cor
que las grandes ausencias
Dama de Porto Fim fue su
en español en 1983; le sig
juego del revés y *Pequeño*
importancia.



EL GATO DE CHESIRE

Antonio Tabucchi nació en Vecciano, cerca de Pisa, donde cursó sus estudios. Fue profesor de literatura portuguesa en la Universidad de Génova y en la actualidad dirige el Instituto Italiano de Lisboa. Traductor de Fernando Pessoa, ha sido a la vez el introductor y promotor de la obra del poeta en Italia. Tabucchi forma parte de un grupo de escritores que ha dado nueva luz a la literatura de su país; maestro en los relatos cortos, cuasipoéticos, en el que las grandes ausencias son las protagonistas. *Dama de Porto Fim* fue su primer libro publicado en español en 1983; le siguieron *Nocturno hindú*, *El juego del revés* y *Pequeños equívocos sin importancia*.

Por Antonio Tabucchi

Que no era cierto después de todo. Digamos más bien un sobresalto, aunque en último término el sobresalto sea sólo un síntoma. Pero miedo no, se dijo, qué estupidez; la simple emoción, eso es. Abrió la ventanilla y se asomó. El tren estaba disminuyendo la velocidad. La marquesina de la estación temblaba a través del aire tórrido. Un calor exagerado, pero si no hace calor en julio, ¿cuándo lo va a hacer? Leyó el cartel de Civitavecchia, bajó la cortinilla, oyó voces, luego el silbato del jefe de estación y el golpear de las portezuelas. Pensó que si fingía dormir quizá no entrara nadie en el compartimiento. Cerró los ojos y se dijo: no quiero pensar en ello. Y luego dijo: tengo que pensar en ello, esto no tiene sentido. Pero ¿por qué las cosas tienen un sentido? Quizá sí, pero un sentido oculto, se comprende luego, mucho más tarde, o no se comprende, pero deben de tener un sentido: un sentido propio, desde luego, que a veces no se tiene en cuenta, aunque parezca que sí. Por ejemplo, la llamada telefónica. "Hola, gato, soy Alicia, he vuelto, ahora no puedo explicártelo, sólo tengo dos minutos para dejarte un mensaje". (Unos segundos de silencio.) "...Tengo que verte, tengo que verte a toda costa, es lo que más deseo en este momento, no he pensado en otra cosa durante estos años". (Unos segundos de silencio.) "¿Cómo estás, gato? ¿Te ríes todavía de aquel modo? Perdona, la pregunta es estúpida, pero es bastante difícil hablar y saber que tu voz queda grabada; tengo que verte por favor, es importante". (Unos segundos de silencio.) "Pasado mañana, 15 de julio, a las quince horas. Estación de Grosseto. Te esperaré en el andén. Hay un tren que parte de Roma aproximadamente a las trece horas."

Clic.

Uno vuelve a casa y encuentra un mensaje como éste en el contestador automático. Después de tanto tiempo. Como si los años hubieran engullido todo: aquel periodo, aquella ciudad, los amigos, todo. Y también la palabra gato, también ella engullida por los años, volviendo a aflorar en la memoria con la sonrisa que aquel gato aportaba, porque era la sonrisa del gato de Chesire. Alicia en el país de las maravillas. Era un tiempo de maravillas. ¿Pero lo era realmente? Ella era Alicia, y él, el gato de Chesire: todo un pasatiempo, como una hermosa historia. Pero, entre tanto, el gato había desaparecido, igual que en el libro. Quién sabe si la sonrisa, hubiera permanecido, pero sólo la sonrisa, sin el rostro que era dueño de aquella sonrisa. Porque el tiempo pasa y devora las cosas, tal vez sólo la idea permanece. Se levantó y se miró en el espejito colgado en el asiento del centro. Se sonrió. El espejo le devolvió la imagen de un hombre de 40 años, de rostro delgado y con unos bigotillos rubios, con una sonrisa embarazosa y forzada como todas las sonrisas que se hacen frente al espejo: nada ya de malicia, nada ya de diversión, nada de la socarronería de quien se pone en el mundo por montera.

Algo muy distinto del gato de Chesire.

La señora entró en el compartimiento con aire tímido. ¿Está libre? Desde luego que lo estaba, estaba todo vacío. Era una señora anciana con un reflejo celeste en los cabellos blancos. Sacó la labor y se puso a hacer punto. Llevaba un par de anteojos con una cadenilla. Parecía salida de un anuncio televisivo. "¿También va usted a Turín?", preguntó de pronto. Las típicas preguntas del tren. Respondió que no, que él se bajaba antes, pero no dijo la estación. Grosseto. ¿Qué sentido tenía? ¿Y además, por qué Grosseto? ¿Que hacía Alicia en Grosseto? ¿Por qué lo reclamaba allí? Sintió que su corazón latía deprisa y pensó de nuevo en el miedo. Pero, ¿miedo de qué? Es la emoción, se dijo, ¿miedo de qué?, ánimo, ¿miedo de qué? Del tiempo, gato de Chesire, del tiempo que ha hecho que todo se evapore, incluida tu hermosa sonrisa de gato de Alicia en el país de las maravillas. Y he aquí de nuevo a su Alicia de las maravillas, el 15 de julio a las quince horas, una cifra típica de ella, que amaba los juegos de números y coleccionaba mentalmente fechas absurdas. Del tipo: "Perdóname, gato. Ya no es posible. Te escribiré para explicártelo todo; 10 del 10 a las 10 (dos días antes del descubrimiento de América) Alicia". Era el mensaje de despedida, lo había dejado en el espejo del baño. La carta había llegado casi un año después, explicaba todo con pelos y señales, pero en realidad no explicaba nada, sólo decía cómo iban las cosas, su mecánica de superficie. Por eso la había tirado. En cambio, todavía guardaba la nota en la cartera. La sacó fuera y la miró. Los dobleces se habían amarilleado y se había abierto una raja en el centro.

Le hubiera gustado abrir la ventanilla, pero tal vez la señora se habría molestado y además una plaquita de metal rogaba que no se abriera para no estorbar el efecto del aire acondicionado. Se levantó y anduvo por el pasillo. Justo a tiempo de ver la masa clara de las casas de Tarquinia antes de que el tren girara lentamente. Cada vez que pasaba por Tarquinia, Cardarelli le venía a la cabeza. Y luego, que Cardarelli era hijo de un ferroviario. Y luego, la poesía *Liguria*. Ciertos recuerdos de la escuela se resisten a morir. Reparó en que estaba sudando. Volvió a entrar en el compartimiento y cogió la pequeña bolsa de viaje. En el lavabo se roció las axilas con desodorante y se cambió la camisa. Tal vez podría también afeitarse, por qué no, aunque sólo fuera para ganar tiempo. Realmente no lo necesitaba mucho, pero tal vez le daría un aspecto más fresco. Se había llevado consigo la bolsa de aseo y la maquinilla eléctrica, no había tenido el coraje de confesárselo, pero era por si acaso pasaba la noche fuera. Se rasuró con mucho cuidado y se dio *after shave*. Luego se lavó los dientes y se peinó. Mientras se peinaba intentó esbozar una sonrisa y le pareció que le salía mejor, no era la sonrisa un poco idiota de antes. Se dijo: tienes que hacer cábalas. Pero al hacerlas mentalmente las veía de otro modo, se encabalgaban en forma de palabras, se enmarañaban y se confundían; no era posible. Volvió al compartimiento. Su compañera de viaje se había quedado adormilada con el punto en el regazo. Se sentó y sacó una libreta. Si quería, podía imitar la caligrafía de Alicia con cierta aproximación. Pensó en escribir una nota como habría podido escribirla ella, con sus absurdas hipótesis. Escribió: "Stephen y la niña han muerto en un accidente de carretera en Minnesota. Ya no puedo vivir en América. Gato, por favor, confórtame en este terrible momento de mi vida". Hipótesis trágica con una Alicia devastada por el dolor que ha comprendido el sentido de la vida gracias a un tremendo destino. O bien una Alicia avispada y desenvuelta, con una pizca de cinismo: "Se había convertido en una vida infernal, en una prisión insoportable. Uno podría pensar que la niña está hecha de la misma pasta que el niñato de Stephen. Adiós, América". O bien una nota a caballo entre lo patético y lo sentimental, estilo novela rosa: "A pesar de todo este tiempo, jamás has salido de mi corazón. No puedo ya vivir sin ti. Créeme. Tu esclava de amor, Alicia". Arrancó la nota de la libreta, hizo una pelotilla con ella y la tiró al cenicero. Miró por la ventanilla y vio una bandada de pájaros que volaban sobre un espejo de agua. Ya habían pasado por Orbetello y, por tanto, aquello era el Chiarone. Faltaban unos 10 minutos para Grosseto. De nuevo sintió el corazón en la garganta y una especie de ansiedad, como cuando uno se da cuenta de que llega tarde. Pero el tren era puntualísimo y él estaba dentro y, por tanto, también él era puntual. Sólo que no esperaba estar tan cerca de la llegada. Llegaba tarde con respecto a sí mismo. Llevaba en la bolsa una chaqueta de lino y una corbata, pero le pareció ridículo descender tan elegante, iba perfectamente en camisa y, además, con aquel calor... El tren se desvió bruscamente en un cambio de agujas y el vagón osciló. El último vagón siempre oscila más, es siempre un poco fastidioso, pero en la estación Termini no había tenido ganas de recorrer todo el andén y se metió en el último vagón; además, tenía la esperanza de que allí hubiera menos gente. Su compañera de viaje balanceó la cabeza en señal afirmativa, como si se volviera hacia él para darle su aprobación, pero sólo era efecto del traqueteo, ya que continuó durmiendo tranquilamente.

Volvió a guardar la libreta. Arregló un poco la chaqueta, que se había arrugado ligeramente. Se peinó todavía una vez más y cerró la cremallera de la bolsa. Vio a través de la ventanilla del pasillo los primeros edificios de Grosseto, y el tren comenzó a disminuir su marcha. Intentó imaginar el aspecto de Alicia, pero ya no había tiempo para aquellas divagaciones; hubiera podido hacerlas antes, tal vez así se habría entretenido mejor. El pelo, pensó, ¿cómo llevará el pelo? Lo llevaba largo, pero tal vez se lo ha cortado, seguro que se lo ha cortado; ahora el pelo largo no se lleva ya. El vestido se lo imaginó blanco, no se sabe por qué.

El tren entró en la estación y se paró. El se levantó y bajó la cortinilla. Echó un vistazo afuera a través de la rendija, pero estaba demasiado lejos de la marquesina y no conseguía ver nada. Cogió la corbata y se la anudó con calma, luego se embutió en la chaqueta. Se miró en el espejo. Se sonrió durante largo rato. Se encontraba mejor. Oyó el silbato del jefe de estación y las portezuelas que acababan de cerrarse de nuevo. El andén comenzó a desfilar lentamente a lo largo del tren que se ponía en movimiento y él se echó hacia afuera para ver a la gente. Los viajeros que habían descendido estaban entrando en el paso subterráneo; bajo la marquesina había una viejecita vestida de oscuro con un niño de la mano, un maletero sentado sobre su carretilla y un heladero con su chaqueta blanca y la nevera cruzada en bandolera. Pensó que no era posible. No era posible que ella no estuviera allí, bajo la marquesina, con el pelo corto y un vestido blanco. Corrió al pasillo para asomarse por la otra ventanilla, pero ahora el tren estaba ya fuera de la estación y volvía a tomar velocidad, de modo que sólo tuvo tiempo de ver el cartel de Grosseto que se alejaba. No es posible, pensó una vez más; estaba en en bar. No ha resistido este calor y ha entrado en el bar, ya que estaba completamente segura de que yo tendría que haber llegado. O bien estaba en el paso subterráneo apoyada en la pared, con aquel aspecto tan suyo, ausente y al mismo tiempo estupefacto, de eterna Alicia en el país de las maravillas, con el pelo todavía largo y un poco alborotado y las mismas sandalias azules que él le había regalado aquella vez en el mar, y le habría dicho: me he vestido así, como antaño, para darte gusto.

Recorrió el pasillo en busca del revisor. Estaba en el primer compartimiento organizando los papeles: evidentemente, había entrado con el nuevo turno y todavía no había comenzado el recorrido de control. Se asomó y le preguntó cuándo había un tren directo que regresara. El revisor le miró con aire ligeramente perplejo y le preguntó: "¿directo? ¿Adónde?" "En dirección contraria", dijo él, "hacia Roma". El revisor se puso a hojear el horario. "Podría haber uno en Campliglia, pero no sé si va a tener tiempo de cogerlo; o si no...". Miró el horario con mayor atención y preguntó: "¿Quiere un expreso o le basta una línea local?" El lo pensó sin responder inmediatamente. "No importa", dijo luego, "me lo dirá más tarde, tengo todo el tiempo del mundo".





ATO
CHESIRE

Vecciano, cerca de Pisa,
Fue profesor de literatura
ad de Génova y en la
Italiano de Lisboa.
soa, ha sido a la vez el
a obra del poeta en Italia.
n grupo de escritores
a literatura de su país;
os, cuasipoéticos, en el
son las protagonistas.
primer libro publicado
uieron *Nocturno hindú*, *El*
s equívocos sin

tren girara lentamente. Cada vez que pasaba por Tarquinia, Cardarelli le venía a la cabeza. Y luego, que Cardarelli era hijo de un ferroviario. Y luego, la poesía *Liguria*. Ciertos recuerdos de la escuela se resisten a morir. Reparó en que estaba sudando. Volvió a entrar en el compartimiento y cogió la pequeña bolsa de viaje. En el lavabo se roció las axilas con desodorante y se cambió la camisa. Tal vez podría también afeitarse, por qué no, aunque sólo fuera para ganar tiempo. Realmente no lo necesitaba mucho, pero tal vez le daría un aspecto más fresco. Se había llevado consigo la bolsa de aseo y la maquinilla eléctrica, no había tenido el coraje de confesárselo, pero era por si acaso pasaba la noche fuera. Se rasuró con mucho cuidado y se dio *after shave*. Luego se lavó los dientes y se peinó. Mientras se peinaba intentó esbozar una sonrisa y le pareció que le salía mejor, no era la sonrisa un poco idiota de antes. Se dijo: tienes que hacer cábalas. Pero al hacerlas mentalmente las veía de otro modo, se encabalgaban en forma de palabras, se enmarañaban y se confundían; no era posible. Volvió al compartimiento. Su compañera de viaje se había quedado adormilada con el punto en el regazo. Se sentó y sacó una libreta. Si quería, podía imitar la caligrafía de Alicia con cierta aproximación. Pensó en escribir una nota como habría podido escribirla ella, con sus absurdas hipótesis. Escribió: "Stephen y la niña han muerto en un accidente de carretera en Minnesota. Ya no puedo vivir en América. Gato, por favor, confórtame en este terrible momento de mi vida". Hipótesis trágica con una Alicia devastada por el dolor que ha comprendido el sentido de la vida gracias a un tremendo destino. O bien una Alicia avispada y desenvuelta, con una pizca de cinismo: "Se había convertido en una vida infernal, en una prisión insoportable. Uno podría pensar que la niña está hecha de la misma pasta que el niñato de Stephen. Adiós, América". O bien una nota a caballo entre lo patético y lo sentimental, estilo novela rosa: "A pesar de todo este tiempo, jamás has salido de mi corazón. No puedo ya vivir sin ti. Créeme. Tu esclava de amor, Alicia". Arrancó la nota de la libreta, hizo una pelotilla con ella y la tiró al cenicero. Miró por la ventanilla y vio una bandada de pájaros que volaban sobre un espejo de agua. Ya habían pasado por Orbetello y, por tanto, aquello era el Chiarone. Faltaban unos 10 minutos para Grosseto. De nuevo sintió el corazón en la garganta y una especie de ansiedad, como cuando uno se da cuenta de que llega tarde. Pero el tren era puntualísimo y él estaba dentro y, por tanto, también él era puntual. Sólo que no esperaba estar tan cerca de la llegada. Llegaba tarde con respecto a sí mismo. Llevaba en la bolsa una chaqueta de lino y una corbata, pero le pareció ridículo descender tan elegante, iba perfectamente en camisa y, además, con aquel calor... El tren se desvió bruscamente en un cambio de agujas y el vagón osciló. El último vagón siempre oscila más, es siempre un poco fastidioso, pero en la estación Termini no había tenido ganas de recorrer todo el andén y se metió en el último vagón; además, tenía la esperanza de que allí hubiera menos gente. Su compañera de viaje balanceó la cabeza en señal afirmativa, como si se volviera hacia él para darle su aprobación, pero sólo era efecto del traqueteo, ya que continuó durmiendo tranquilamente.

Volvió a guardar la libreta. Arregló un poco la chaqueta, que se había arrugado ligeramente. Se peinó todavía una vez más y cerró la cremallera de la bolsa. Vio a través de la ventanilla del pasillo los primeros edificios de Grosseto, y el tren comenzó a disminuir su marcha. Intentó imaginar el aspecto de Alicia, pero ya no había tiempo para aquellas divagaciones; hubiera podido hacerlas antes, tal vez así se habría entretenido mejor. El pelo, pensó, ¿cómo llevará el pelo? Lo llevaba largo, pero tal vez se lo ha cortado, seguro que se lo ha cortado; ahora el pelo largo no se lleva ya. El vestido se lo imaginó blanco, no se sabe por qué.

El tren entró en la estación y se paró. El se levantó y bajó la cortinilla. Echó un vistazo afuera a través de la rendija, pero estaba demasiado lejos de la marquesina y no conseguía ver nada. Cogió la corbata y se la anudó con calma, luego se embutió en la chaqueta. Se miró en el espejo. Se sonrió durante largo rato. Se encontraba mejor. Oyó el silbato del jefe de estación y las portezuelas que acababan de cerrarse de nuevo. El andén comenzó a desfilar lentamente a lo largo del tren que se ponía en movimiento y él se echó hacia afuera para ver a la gente. Los viajeros que habían descendido estaban entrando en el paso subterráneo; bajo la marquesina había una viejecita vestida de oscuro con un niño de la mano, un maletero sentado sobre su carretilla y un heladero con su chaqueta blanca y la nevera cruzada en bandolera. Pensó que no era posible. No era posible que ella no estuviera allí, bajo la marquesina, con el pelo corto y un vestido blanco. Corrió al pasillo para asomarse por la otra ventanilla, pero ahora el tren estaba ya fuera de la estación y volvía a tomar velocidad, de modo que sólo tuvo tiempo de ver el cartel de Grosseto que se alejaba. No es posible, pensó una vez más; estaba en en bar. No ha resistido este calor y ha entrado en el bar, ya que estaba completamente segura de que yo tendría que haber llegado. O bien estaba en el paso subterráneo apoyada en la pared, con aquel aspecto tan suyo, ausente y al mismo tiempo estupefacto, de eterna Alicia en el país de las maravillas, con el pelo todavía largo y un poco alborotado y las mismas sandalias azules que él le había regalado aquella vez en el mar, y le habría dicho: me he vestido así, como antaño, para darte gusto.

Recorrió el pasillo en busca del revisor. Estaba en el primer compartimiento organizando los papeles: evidentemente, había entrado con el nuevo turno y todavía no había comenzado el recorrido de control. Se asomó y le preguntó cuándo había un tren directo que regresara. El revisor le miró con aire ligeramente perplejo y le preguntó: "¿directo? ¿Adónde?" "En dirección contraria", dijo él, "hacia Roma". El revisor se puso a hojear el horario. "Podría haber uno en Campliglia, pero no sé si va a tener tiempo de cogerlo; o si no...". Miró el horario con mayor atención y preguntó: "¿Quiere un expreso o le basta una línea local?" El lo pensó sin responder inmediatamente. "No importa", dijo luego, "me lo dirá más tarde, tengo todo el tiempo del mundo".



MARIO LEVRERO

Para Alicia.
Con mi agradecimiento a los aportes de Osvaldo Soriano y Walter Güinle.
M.L.

LA BANDA DEL CIEMPIES



1. Se producen disturbios de consideración

Smithe Andrews, jefe de policía de la ciudad, acababa de dormirse en su apartamento del piso 19 de la calle Central, cuando se sintió aferrado por una serie de manos brutales; sin tiempo de darse verdadera cuenta de lo que estaba sucediendo, fue arrancado de la cama, sacudido violentamente en distintas direcciones, entre confusos sonidos de voces que no gritaban pero sí se trasmitían órdenes entre ellas, mezclando también algunos términos incomprensibles dirigidos a él, y finalmente elevado una y otra vez hacia el techo mediante su propia sábana, que los desconocidos agitaban enérgicamente con ese fin. Su cuerpo giraba en el aire y se contorsionaba; en algún momento su cabeza llegó a chocar levemente contra el cielorraso. Por último, las múltiples manos que aferraban la sábana dieron a ésta una torsión especial y Smithe Andrews atravesó el grueso vidrio de la ventana y cayó hacia la calle. Una cabeza se asomó por el hueco del vidrio roto y durante un instante lo contempló caer. Luego también asomó un brazo que se agitó saludándolo.

No lejos de allí se había formado una multitud integrada por algunos cientos de personas que salían de la última función de una importante sala cinematográfica. De pronto, pudo observarse que la multitud quedaba paralizada unos segundos, luego era recorrida por un curioso movimiento ondulante, y más tarde intentaba dispersarse hacia todas las direcciones, presa del pánico. El origen de todo esto había sido una voz de mujer que gritó apenas dos palabras: "¡El ciempiés!".

En efecto: a pocos metros de la salida del cinematógrafo se había formado una vez más el aterrador muñeco que aparecía a cualquier hora del día o de la noche con la única aparente finalidad de provocar el pánico, y tenía en jaque tanto a la policía como al resto de los ciudadanos. El cuerpo del muñeco estaba simulado por un largo trozo de tela muy liviana, calada, con forma de gusano, que cubría a una cincuentena de hombres que, de este modo, cobraban la apariencia de un gigantesco ciempiés. Estos hombres corrían disciplinadamente, moviendo sus piernas en forma perfectamente acompasada, mientras algunos de ellos hacían sonar unas matracas de madera y otros unas pequeñas panderetas provistas de unas chapitas metálicas circulares que al entrechocarse producían unos sonidos agudos, como de cascabeles.

Los hombres corrían haciendo ondular el largo cuerpo del muñeco y destruían lo que tocaban: vidrieras, vidrios de automóviles y cualquier otro objeto que encontraran en su camino, mientras que a la gente la golpeaban con gruesos palos o la herían con finos estiletes o la atropellaban y pisoteaban o simplemente la acometían a puñetazos, disparados, sin detener en ningún momento la marcha del muñeco galopante. Al llegar a la esquina siguiente se quitaban la tela que los cubría, y esta tela era plegada cuidadosamente entre dos de esos hombres, y uno de ellos la guardaba, plegada, entre sus ropas, mientras los cuarenta y ocho restantes se dispersaban rápidamente. En seguida, los encargados de plegar la tela también huían. Si alguno de los hombres llegaba a ser capturado por algún valiente defensor de la ley, a veces era rescatado de inmediato por compañeros que habían quedado rondando en las inmediaciones; si no era rescatado, invariablemente ponía fin a su vida con una dosis de cianuro que llevaba en una ampolla de cristal dentro de su boca.

Esa noche sucedió lo de siempre: el inmundo remedo de miriápodo causó estragos entre los inocentes ciudadanos que salían del cinematógrafo, hubo destrozos de coches y de vidrieras, y abolladuras en los kioscos de revistas y de flores, entre ruidos de matracas y panderetas y las voces de pánico de la muchedumbre y las voces de los maleantes que reían y gritaban como presas de la euforia de la droga o del alcohol.

(Próximo episodio: "Aparece en escena el gran Carmody Trailler".)

JUEGOS

ENIGMA LOGICO Dentro de Africa

Un grupo de amigos de la infancia se volvió a encontrar por casualidad en un bar en medio de Africa, después de no verse por más de quince años. Deduzca, a partir de los datos que le damos, cuál es el estado civil de cada uno, cuál su actividad y qué fue lo que cada uno bebió para festejar.

1. Carlos es el único soltero del grupo, no bebió champagne.
2. Braulio mostraba a sus amigos su última creación artesanal cuando derramó su vaso de aguardiente sobre el médico, casado apenas hacía una semana.
3. Diego, que no es el separado ni el viudo, se quejó por el poco hielo que había para su whisky.
4. El aviador bebió de un solo sorbo su ron, mientras recordaba cómo una pitón había acabado con su dulce esposa.
5. El comerciante es divorciado.
6. Demostrando su ciencia, el médico tomó tres botellas enteras de champagne; Eduardo no lo podía creer.

(Para resolver el enigma, use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		ESTADO CIVIL					ACTIVIDAD					BEBIDA				
		Casado	Divorciado	Separado	Soltero	Viudo	Artesano	Aviador	Comerciante	Médico	Periodista	Aguardiente	Champagne	L. de Coco	Ron	Whisky
NOMBRE	Aldo															
	Braulio															
	Carlos															
	Diego															
	Eduardo															
BEBIDA	Aguardiente															
	Champagne															
	Leche de Coco															
	Ron															
	Whisky															
ACTIVIDAD	Artesano															
	Aviador															
	Comerciante															
	Médico															
	Periodista															

NOMBRE	ESTADO CIVIL	ACTIVIDAD	BEBIDA

SOPA DULCE

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

AZUCAR
BIZCOCHOS
CARAMELO
CROISSANT
CHOCOLATE
GALLETA
GUIRLACHE
MASAPAN
PALMERA
PASTAS
POLVORONES
TURRON

G	R	A	C	U	Z	A	O	L	S	I	U	G	C
Z	U	T	B	C	T	A	T	E	A	H	L	B	H
C	S	I	Z	G	R	U	N	E	R	T	M	P	O
L	A	B	R	E	S	O	R	A	L	P	A	V	C
G	N	R	M	L	R	H	I	R	A	L	Z	N	O
U	T	L	A	O	A	C	B	S	O	I	A	Z	L
M	A	P	V	M	U	C	T	R	S	N	P	G	A
P	G	L	R	A	E	A	H	M	R	A	A	O	T
Z	O	E	L	L	S	L	V	E	N	Z	N	H	E
P	H	T	S	O	H	C	O	C	Z	I	B	T	B